

es en ella ficticio y malsano (1), desde el afeitado, el tocador y la belleza de las mujeres, hasta el aire de las habitaciones y el gusto de las viandas; el sentimiento lo mismo que el placer; la literatura lo mismo que la música; el gobierno lo mismo que la religión. Esta civilización que se aplaude su propio esplendor no es más que un zarandeo de monos sobreexcitados y serviles que se imitan unos á otros, y unos á otros se adulan para llegar con un refinamiento al malestar y al fastidio. Así que, la cultura humana es mala por sí misma, y los frutos que engendra no son más que excrecencias ó venenos. ¿De qué sirven las ciencias? Inciertas, inútiles, no son más que el pasto de los disputadores y de los ociosos. «¿Quién querría pasar su vida en estériles contemplaciones, si todos, sin consultar sino los deberes del hombre y las necesidades de la naturaleza, no tuvieran tiempo sino para la patria, para los desgraciados y para sus amigos?» ¿De qué sirven las bellas artes? Estas no son sino una adulación pública de las pasiones corrientes. «Cuanto más agradable y perfecta es la comedia más funestos son sus efectos,» y el teatro, hasta en el mismo Molière, es una escuela de malas costumbres, «pues impele á las almas pútridas á que con el nombre de simplicidad ó necedad, castiguen el candor de la gente de bien.» La tragedia que se llama moral gasta en falsas efusiones la poca virtud que aún nos queda. «Cuando un hombre ha ido á admirar en las fábulas acciones bellas, ¿qué más se le puede exigir? ¿No ha cumplido con todo lo que debe á la virtud con el homenaje que le ha rendido? ¿Qué más se quiere de él? ¿Que él mismo la practicara? No tiene papel que representar, él no es comediante.» Ciencias, bellas artes, filosofía, literatura, todo eso sólo es bueno para afeminar y disipar el alma,

(1) CONFESIONES, segunda parte, IX, 361. «Yo estaba tan aburrido de salones, de surtidores, de bosquecillos, de parterres, y de los que todo eso enseñan, más fastidiosos aún; estaba tan harto de folletos, de clavicordio, de tresillo, de lances, de necios equívocos, de insípidos melindres, de pequeños cuentistas y de grandes cenas, que cuando percibía mi vista un simple y miserable zarzal, una tahona, una granja; un prado, cuando olfateaba al atravesar un caserío, el olor de una buena chueta con perifollo, daba al diablo el colorette, los farvalas y el ambar, y echando de menos la comida de la mujer casera y el vino de cosechero, de buena gana habría abofeteado á Monseñor el jefe, y á Monseñor el amo, que me hacían comer á la hora en que yo cenó y cenar á la hora en que yo duermo, y sobre todo á mis señores los lacayos que con sus ojos devoraban mis bocados y so pena de morir de sed, me vendían el vino sofisticado de su amo diez veces más caro de lo que me habría costado mejor en la taberna.»

todo eso sólo se fabricó para el corto enjambre de brillantes y ruidosos insectos que zumban en la cima de la sociedad y chupan toda la sustancia pública. En materia de ciencias sólo una es necesaria, la de nuestros deberes, y sin tantas sutilezas ó estudios, el sentimiento íntimo basta para enseñarnosla. En materia de artes no son tolerables sino los que subviniendo á nuestras primeras necesidades nos dan pan con que vivir, un techo bajo el cual cobijarnos, un vestido con que cubrirnos, armas con que defendernos. En cuanto á existencia, sólo una es sana, la que se lleva en el campo, sin afectación, sin brillo, en familia, en las ocupaciones del cultivo, con las provisiones que da la tierra, entre vecinos á quienes se trata como iguales, y criados á los que se trata como amigos. En materia de clases no hay más que una respetable, la de los hombres que trabajan, particularmente la de los que trabajan con sus brazos, artesanos, labradores; los únicos que son verdaderamente útiles, los únicos que próximos por su condición al estado natural, conservan bajo su ruda epidermis, el calor, la bondad y la rectitud de los instintos primitivos. Llamad, pues, con su verdadero nombre á esa elegancia, ese lujo, esa urbanidad, esa delicadeza literaria, esa desvergüenza filosófica, que la preocupación admira como la flor de la vida humana, cuando no son sino su putrefacción.

Estimad igualmente en su justo valor el enjambre que de ella se nutre; me refiero á la aristocracia ociosa, á toda la buena sociedad, á los privilegiados que mandan y figuran, á los ociosos de salón que charlan, gozan y creen ser lo escogido de la humanidad y son sus parásitos. Parásitos y podredumbre, una cosa atrae la otra, y el árbol no vegetará bien sino cuando le hayamos desembarazado de entrambos.

Si la civilización es mala, la sociedad es peor.

«La sociedad es natural á la especie humana como la decrepitud al individuo. Se necesitan artes, leyes, gobiernos para los pueblos lo mismo que se necesitan muletas para los viejos.» (Carta á M. Philipopolis, p. 248). Porque no se establece sino destruyendo la igualdad primitiva y sus dos instituciones principales la propiedad y el gobierno son usurpaciones. Según el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, «el primero que habiendo cercado un terreno, se atrevió á decir, *esto es mío*, y halló gente bastante simple para creerle, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Qué de crímenes, de guerras, de muertes, de miserias y de horrores hubiera ahorrado al género humano el que arrancando

las estacas y colmando la zanja hubiese gritado á sus semejantes:—«Guardaos de escuchará ese impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!»—La primera propiedad fué un robo en virtud del cual el individuo quitaba á la comunidad una parte de la cosa pública. Nada justificaba su atentado, ni su industria, ni su trabajo, ni el valor hubiese podido añadir nada al suelo. «Se le antojaba decir, yo soy quien ha construido esa pared, yo he ganado este terreno con mi trabajo. ¿Quién os dió la línea, se le podía contestar, y en virtud de que pretendís se os pague un trabajo que no os hemos impuesto? ¿Ignoráis que una multitud de nuestros hermanos perece ó sufre de la necesidad de lo que á vos os sobra y que os falta un consentimiento expreso y unánime del género humano para apropiaros de la subsistencia común todo lo que exceda de la nuestra? Se reconoce á través de la teoría, el acento personal, el rencor del plebeyo pobre, agriado, que al entrar en el mundo se encontró tomados todos los puestos y no supo hacerse lugar para el suyo, que señala en sus confesiones el día desde el cual dejó de tener hambre, que á falta de cosa mejor vive en concubinage con una criada y mete en el hospicio á sus cinco hijos, sucesivamente criado, dependiente, bohemio, preceptor, copista, siempre al acecho y recurriendo á arbitrios para conservar su independencia, rebelado por el contraste de la condición que sufre y del alma que siente en sí, no escapando á la envidia sino por la denigración y conservando en el fondo del corazón una envejecida amargura «contra los ricos y los dichosos del mundo, como si lo hubieran sido á costa de él y como si su pretendida felicidad hubiese sido usurpada á la suya» (1).

No solamente es la propiedad injusta por su origen, sino que además, por una segunda injusticia, se atrae el poder, y su malignidad se extiende como un cáncer bajo la parcialidad de la ley. «Todas las ventajas de la sociedad, dice en un *discurso sobre la economía política*, ¿no son acaso para los poderosos y los ricos? ¿No llenan ellos solos todos los empleos lucrativos? ¿Y la autoridad pública, no está enteramente á favor suyo? Que un hombre de consideración robe á sus acreedores ó haga otra bribonada, ¿no está seguro de la impunidad? Los palos que distribuye, las violencias que comete, los homicidios y asesinatos de que se hace culpable, ¿no son acaso asuntos que se amortiguan y de los cuales ya no se trata al cabo de seis meses? ¿Que sea robado este

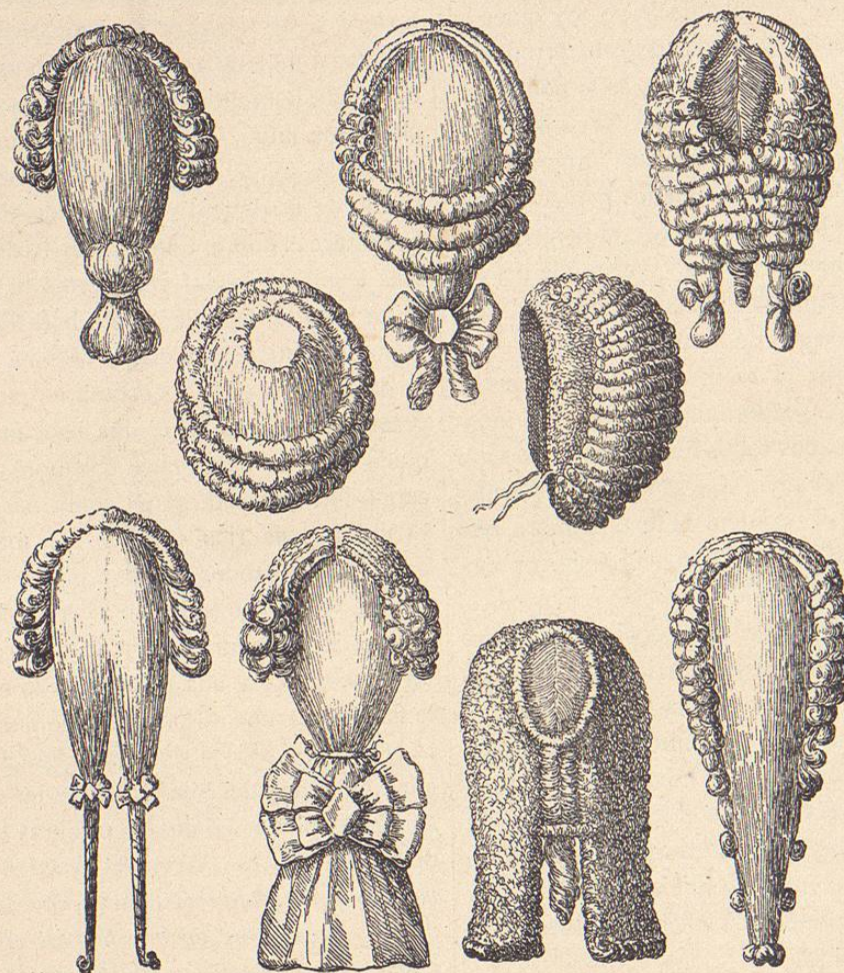
(1) *Emilio*, libro IV, Relato de Rousseau, p. 13.

mismo hombre, toda la policía se pone inmediatamente en movimiento, y desgraciados de los inocentes de quienes sospecha! ¿Que pasa por un sitio peligroso? Allá van las escoltas en campaña. ¿Que el eje de su coche se rompe? Todo vuela en su auxilio. ¿Que se hace ruido á su puerta? Pronuncia una palabra y todo calla. ¿Que la multitud le incomoda? Hace una seña y todo se pone en orden. ¿Que un arriero se atraviesa en su camino? Sus gentes están prontas á molerle á palos, y antes serían aplastados cincuenta honrados caminantes que estorbado el coche de un fatuo. Todas estas atenciones no le cuestan nada, son el derecho del hombre rico y no el precio de la riqueza. ¡Cuán diferente es el cuadro que ofrece el pobre! Cuanto más le debe la sociedad, más le niega. Todas las puertas le están cerradas, hasta cuando tiene derecho á hacerlas abrir, y si alguna vez obtiene justicia, la obtiene con más trabajo de lo que á otro le costaría un favor. Si hay que prestar jornales, ó hacer una leva militar, á él es á quien se da la preferencia. Siempre, además de su carga, lleva aquella de que logra hacerse exceptuar su vecino más rico que él. Al menor accidente que le ocurre, todos se apartan de él. Si su pobre carreta vuelca, considérase afortunado cuando evita al paso las vejaciones de la atrevida servidumbre de un duquesito. En una palabra, todo auxilio gratuito le falta precisamente porque no lo puede pagar. Pero es hombre perdido si tiene la desgracia de tener una alma honrada, una hija amable y un vecino poderoso. Reasumamos en cuatro palabras el pacto social de las dos clases: «*Necesitáis de mí porque soy rico y vos sois pobre: hagamos, pues, entre nosotros un convenio; yo consentiré en que tengáis el honor de servirme, bajo la condición de que me daréis lo poco que os queda á cambio del trabajo que en mandaros me tomo.*»

Esto nos muestra el espíritu, el objeto y el efecto de la sociedad política. En su origen, según Rousseau, fué un inícuo contrato que, celebrado entre el rico astuto y el pobre engañado, «puso nuevas trabas al pobre y dió nuevas fuerzas al rico,» y con el nombre de propiedad legítima, consagró la usurpación del suelo. Ahora es un contrato más inícuo, «merced al cual un niño manda á un viejo, un imbécil dirige hombres sabios, un puñado de gente rebosa de superfluidades al paso que la multitud hambrienta carece de lo necesario.» El acrecentarse está en la misma naturaleza de la desigualdad; por esta razón la autoridad de los unos ha crecido al mismo tiempo que la dependencia de los otros, de tal manera, que al cabo, habiendo llegado ambas condicio-

nes al extremo la sujeción hereditaria y perpetua del pueblo, pareció de derecho divino lo propio que el despotismo hereditario y perpetuo del rey. Hé ahí el estado presente, y si cambia es por empeorar. «Porque, según el *Contrato social* I, c. IV, y el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, 178, toda la ocupación de los reyes ó de los encargados de sus

funciones se refiere á dos objetos únicos, extender su dominación en el exterior, y hacerla más absoluta en el interior. Si alegan otro objeto, es un pretexto. «Las palabras *salud pública, dicha de los vasallos, gloria de la nación*, tan pesadamente repetidas en los edictos públicos, nunca anuncian sino órdenes funestas, y el pueblo gime por anticipado



Pelucas para hombres á últimos del antiguo régimen

cuando sus amos le hablan de sus paternas cuidados.» Pero llegado á este término fatal, «el contrato de gobierno queda disuelto; el déspota no es dueño mio por durante el largo tiempo en que es el más fuerte, y, tan pronto como se le puede expulsar, nada puede reclamar contra la violencia. «Porque no tiene el déspota ningún derecho sino por el consentimiento, y no hay consentimiento ni derecho alguno entre el amo y el esclavo.» Sea entre dos hombres, ó sea entre un hombre y un pueblo siempre será igualmente insensato el siguiente discurso: *Hago contigo un convenio en que tú tendrás toda la carga y yo todo el provecho, el cual observaré mientras me plazca y observarás tú hasta que me plazca á mí.*»

¿Que hay locos que suscriben semejante tratado? No tienen capacidad para contratar y no es válida su firma. ¿Que hay vencidos derribados que con la espada á la garganta aceptan estas condiciones? Puesto que fueron violentados es nula su promesa. Que los vencidos ó los locos hayan empeñado há mil años el consentimiento de todas las generaciones siguientes; cuando se contrata por un menor no se contrata por un adulto, y cuando el niño alcanza la edad de la razón sólo á sí mismo se pertenece. Al fin ya somos adultos y no hemos de hacer más que un acto de razón para reducir á su valor propio las pretensiones de esa autoridad que se apellida legítima. Esta tiene el poder, y nada más. Pero «una pistola en

manos de un salteador es también un poder.» ¿Y diréis en conciencia que vengo obligado á darle mi bolsa? Yo no obedezco sino por fuerza, y volveré á quitarle mi bolsa así que pueda quitarle su pistola.

VII

Detengámonos en este punto; no tenemos necesidad de seguir las avanzadas del partido, Naigeon y Sylvain Maréchal, Mably y Morelly, á los fanaticos que erigen al ateísmo en dogma obligatorio y deber superior, á los socialistas que para suprimir el egoísmo proponen la comunidad de bienes y fundan una república en la que todo él que quiera establecer «la detestable propiedad,» será declarado enemigo de la humanidad, tratado como *loco furioso* y encerrado durante toda su vida en un calabozo. Basta haber seguido los cuerpos de ejército y los grandes sitios. Con diferentes ingenios y tácticas contrarias, los diversos ataques condujeron al mismo efecto. Todas las instituciones fueron minadas por su base. La filosofía imperante quitó toda su autoridad á la costumbre, á la religión y al Estado. No solamente se admite que en sí misma la tradición es falsa, sino

también que por sus obras es dañina, que sobre el error establece la injusticia y que con la ceguera conduce al hombre á la tiranía. Desde este momento queda proscrita. «Aplastemos al infame» y sus fautores. Ella es el mal en la especie humana, y cuando se haya suprimido el mal, no quedará sino el bien.» Como dice Condorcet en su *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, segunda época, «llegará, pues, el momento en que el sol no alumbrará sobre la tierra más que hombres libres que no reconocerán otro dueño que su razón; en que los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos no existirán ya sino en la historia y en el teatro; en que nadie se ocupará de ellos sino para compadecer sus víctimas, para mantenerse, por horror á sus excesos, en una vigilancia útil, para saber conocer y hundir bajo el peso de la razón, los primeros gérmenes de la superstición y de la tiranía si algún día osaran reaparecer.» El *millenium* va á empezar, y es también la razón quien debe formarlo. Así es que nosotros lo deberemos todo á su saludable autoridad, lo mismo la fundación del nuevo orden de cosas que la destrucción del antiguo.



La flor de lis